

Índice

Título original: *La ville au loin*
Éditions de La Phocide
© La Phocide, París, 2011

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

TRADUCCIÓN: ANDREA SOSA VARROTTI

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes
d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra se ha beneficiado del apoyo de los programas de ayuda
a la publicación del Institut français.

Nancy, Jean-Luc
La ciudad a lo lejos. - 1a ed. - 1a reimp. - Buenos Aires : Manantial, 2017.
144 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-500-171-8

1. Filosofía. I. Título
CDD 190

Impresos 1000 ejemplares en agosto de 2017
en Talleres Gráficos Leograff SRL, Rucci 408,
Valentín Alsina, PBA. Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2013, Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6° piso
(1085) Buenos Aires, Argentina
Tel: (54-11) 4383-7350 / 4383-6059
info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por
cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitali-
zación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infrac-
ción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

<i>Prefacio. La ciudad incivil</i>	9
La ciudad a lo lejos.....	15
Primera parte (1987) – A lo lejos... Los Ángeles	17
Segunda parte (1999) – La ciudad a lo lejos.....	31
Imágenes de la ciudad	51
Tráfico/chasquido.....	75
Los dos porvenires de la ciudad.....	97
Un arte de la ciudad	105
Rumoración	125
Instantes de ciudad.....	127
<i>Posfacio. La ciudad más allá del lugar</i> Jean-Christophe Bailly	133
Referencias.....	137

Prefacio

La ciudad incivil

La ciudad no siempre fue, no siempre será, tal vez ya no sea. Si se piensa que al mismo tiempo "la ciudad" es un motivo (un concepto quizá, en todo caso un esquema, una suerte de monograma o de emblema) que converge, limita y consueña con nada menos que el motivo de la "civilización" misma, se dimensiona lo que está en juego de su existencia, de ahora en adelante reconocida como transitoria.

De hecho, la "civilización" está vinculada a la "ciudad" [*cité*], así como la "civilidad" y la "ciudadanía". El hecho de que se pueda hablar de "civilización urbana" por contraste con una "civilización rural", es testimonio únicamente de una extensión de la idea de "civilización" en dirección a una configuración de conjunto de estructuras y costumbres propia de un espacio-tiempo definido. Pero la posibilidad misma de pensar tal configuración está vinculada a la ciudad [*cité*]. En efec-

* La palabra *cité* aparece recurrentemente a lo largo de todo el texto. En algunas ocasiones significa "ciudad antigua" (Nancy también la iguala más adelante a la *polis* griega), y otras "suburbio" o, simplemente, "ciudad". Por lo tanto, preferimos acompañar con la voz francesa, para diferenciar de las veces que el autor utiliza *ville* [n. de t.].

to, un conjunto orgánico de agenciamientos sociales y morales como los que la etnología nos hace conocer en abundancia remite en primer lugar a una suerte de trascendental en sentido kantiano: un haz de condiciones de posibilidad bajo las cuales se ordena lo que llamamos preferentemente una "cultura". En una cultura, así como en Kant, lo trascendental es inmanente a la construcción cuya ejecución hace posible. Es puesto en evidencia por un repliegue de la experiencia sobre sí misma: dadas las reglas de intercambio, de parentesco, de distribución de las funciones, etc., la estructura pudo manifestarse como tal o cual disposición de condiciones. "Las condiciones *a priori* de la experiencia en general son al mismo tiempo las condiciones de los objetos de la experiencia".

En la "civilización urbana" se produce algo que, para seguir la metáfora kantiana, se puede considerar según el orden del símbolo antes que según el orden de la posición de objeto. La ciudad es una realidad que no basta con que se pliegue sobre sí misma para dejar que se verifiquen sus condiciones de constitución. Se forma más bien como un proyecto o como una indicación de naturaleza infinita, y en todo caso indefinida. Desde luego, no hay aquí más forma pura que en otras partes, y toda urbanidad comporta también rasgos de cultura inmanente o autorreflexiva del mismo tenor que en una ruralidad. Los romanos de la "Villa" o los habitantes de Florencia, de Londres o de París hasta el siglo XVII —para hablar de manera muy simplificada— incorporan un sistema tribal, clánico, mítico, simbólico, cuya esencia casi no difiere de cualquier otra cultura de las campiñas circunvecinas o lejanas.

No obstante, la ciudad por sí misma —la ciudad [cité] material, la *urbs*, la plaza fuerte devenida en plaza, simplemente, lugar a la vez de conexión, coagulación y difracción— desempeña un papel del que ninguna cultura rural ofrece equivalente ni sustituto. La esencia de la ciudad se muestra con mucha exactitud en esto: un nudo vial que no envuelve sus propios destinos.

En ese sentido, no es completamente imposible decir que el mundo conoció hasta aquí varias culturas y una sola civilización: varias configuraciones y un único proceso. Por supuesto, cada una de las configuraciones ha evolucionado y todas las culturas tienen una historia, cualquiera sea su ritmo y la amplitud de sus evoluciones. Pero una sola cultura —que deja por ello de ser simplemente una cultura— reemplaza de manera casi integral la evolución por la transformación, e incluso por la metamorfosis o la revolución. Esta cultura es precisamente la que abandona el mundo agrario y sus estructuras tanto tribales como imperiales por lo que hemos denominado la "ciudad" [cité], la *polis* griega.

La *polis* no es solamente ni en primer lugar el espacio de la política; lo es o lo deviene porque no es únicamente, porque no es en primera instancia o incluso porque no es de ningún modo la sede de un pliegue trascendental: no es el lugar donde una cultura se presenta y se representa a sí misma su forma y su fuerza, su o sus figuras tutelares, su sacralidad y, para reunir todo en un término, su *mito* fundador y organizador.

La ciudad [cité] no es mítica, es lógica. Lo mítico se da a sí mismo sus condiciones de posibilidad; lo lógico no se da ninguno, o se la da hasta el infinito. El sentido debe ser proyectado allí, no es recibido. En consecuencia, la ciudad [cité] se forma primero en la circulación, el intercambio, el proyecto, la proyección. Es un mercado o un puerto antes de ser ciudadela; es una convergencia, una combinación antes de ser una institución, una constitución, una figura.

Mejor, o peor, la ciudad está a la espera de su figura; la busca, la proyecta. Durante algunos siglos pensó tenerla. Se dotó de propiedades, de atributos, celebró su nombre, su imagen, su aspecto: "Florencia", "Viena", "Londres", "Salamanca", "Ámsterdam", tantos nombres que, como los nombres de las personas, han designado mucho más que un lugar, una identidad manifiesta y secreta, un perfume, un sabor.

Sin embargo, apenas nace, la ciudad comienza a padecerse

a sí misma, se inquieta por su tamaño, por su embotellamiento, por los costos de su administración. Se pueden recoger testimonios de esos temores y esas quejas desde el origen de las ciudades. Mientras que una fortaleza, una ciudad [cité] imperial o real, una ciudad santa, se sostienen por una función que les da el ser y la figura, a la ciudad le es difícil saber cuál es su función, ya que acumula demasiadas o bien no posee realmente ninguna: es ante todo coexistencia, copresencia y comercio. Es paso, transferencia, comercio, concurrencia, competencia.

En verdad, la ciudad no deja de deslocalizarse. Si el lugar importa siempre en sus inicios -elevación, orilla de un río, puerto, encrucijada-, pierde progresivamente su importancia y en un principio la ciudad se despoja lentamente de sus murallas. La transformación de las técnicas guerreras explica pero no interpreta completamente esta desaparición de las fortificaciones: en verdad, es la "localidad" la que se deja reemplazar por una extensión rápidamente imposible de delimitar. Se habla de "conurbación" o de "megalópolis": esto equivale a decir que ya no se sabe qué es una ciudad.

Así, la ciudad se aleja. Se ha alejado desde ese momento a una distancia que cubre tendencialmente el territorio entero. No significa que no haya más zonas de agricultura, industria, vivienda o administración, sino que no hay demarcación clara entre las actividades, las funciones, los flujos puestos en juego en los diferentes órdenes o sectores de la existencia social. Es precisamente porque se trata de la "sociedad" en todos los aspectos, de la asociación, pues ésta designa la puesta en relación(es) de lo que de por sí no está conectado. Es lo que quisimos decir al distinguir "sociedad" de "comunidad": esta última no interpela a la ciudad sino al monasterio o la fortaleza, a la aldea hasta el punto en que es heredera de la villa romana, es decir, del dominio familiar. La comunidad es el fantasma ya "perdido" para siempre de la sociedad, que por definición es urbana o citadina.

La distinción entre comunidad y sociedad abarca amplia-

mente la distinción entre cultura y civilización. La época en la que la ciudad se extiende, como vemos que lo hace hasta disolver o dispersar toda composición de trazos que podían darle figura, aspecto, personalidad, es la época en la que la civilización muestra que arrastra, disuelve y dispersa todos los trazos que en ella dibujaban todavía esquemas de cultura. Al igual que la lógica de la ciudad, o la ciudad en tanto lógica, ha desensamblado todo lo que podía volverse mito, no dejó subsistir más que las representaciones, las proyecciones, el espectáculo que la civilización intenta darse de sí misma o de su propia pérdida, la cultura ya no sabe cómo volver sobre sí misma para presentar sus propias condiciones de posibilidad. Uno de los signos más evidentes es la descomposición muy organizada de lo que se llamaba "universidad". Ella fue uno de los rasgos distintivos de la ciudad en su momento de mayor equilibrio: la universidad representaba el lugar, él mismo inscripto con precisión en el tópico impreciso de la ciudad, donde el elemento lógico se esmeraba por suplir real y eficazmente lo mítico sin herencia.

Desde ese momento, junto con la universalidad, es la ciudad misma la que no tiene herencia, al igual que otras realidades que inscribía en sí, incluso el mercado -tal vez sobre todo éste, ya que lo que denominamos "mercado" es menos comercio de productos que flujo de cálculos-, pero también el gobierno, la justicia, y en general la "plaza pública", que es remplazada por el "sondeo" y los "medios". Para terminar, aun el agenciamiento de los lugares y las plazas, calles, bulevares, pasajes, ya no se deja componer y practicar, porque ahora se trata de otras redes y otras locomociones, comenzando por el agobiante movimiento browniano de los automóviles que se coagulan en una pasta apenas fluida para continuar por los apiñamientos pegajosos y agotadores de trenes, tranvías, autobuses.

La ciudad ya no se vislumbra a lo lejos como el recorte de sus techos, campanarios, cúpulas y torres, ni como el plano caballero de esas casas, palacios, almacenes, cobertizos, paseos y parques. Ni de lejos ni de cerca parece ya ciudad.

Arrastra consigo y con sus imágenes amarillentas la imagen misma o la idea de la civilización. La ciudad se inciviliza y revela la incivilidad de la civilización: a saber, no exactamente su barbarie ni su salvajismo (aunque haya mucho para decir al respecto...), sino simplemente el hecho de que la civilización —la “nuestra”, a la que llamamos desordenadamente “técnica”, “capitalista”, “humanista”, “informática”, “globalizante”— no solamente no hace “cultura”, no alcanza la immanencia autorreflexiva de una cultura, sino que se propaga y prolifera en todos los sentidos a la vez como una trascendencia indefinida que casi no tuviera puntos de fuga, pero que, más bien, no dejaría de modular todas las variaciones del *trans*—: transporte, transformación, tránsito, transfixión, transimmanencia desquiciada...

Ciudad incivil, urbanidad suburbanizada tanto como sobreurbanizada, henos aquí penetrando en otro mundo que ya no tendrá ciudades que podamos discernir sino otras conurbaciones, otras configuraciones, otros lugares simplemente, otras formas de tener lugar. Por haber mirado demasiado a la ciudad en el horizonte como el esquema puro, como el monograma de la civilización, la perdimos de vista, o bien la imagen se volvió oscura, confusa, nublosa, obstruida u obliterada. Ya no intentemos ver: escuchemos los rumores inauditos de la ciudad incivil, a lo lejos, muy cerca.

La ciudad a lo lejos

La ciudad se dibuja a lo lejos, contorno de techos, de torres, de flechas y de cúpulas, red de luces, vapor en el cielo: la idea de un lugar, de un nombre, de una manera de habitar y de pasar.

La ciudad se abre a la lejanía de los puertos y las pistas de despegue, los ríos, las rutas, las vías férreas, y a la de los suburbios, los terrenos baldíos, las salientes de las arterias y los estratos intransitables.

La ciudad se aleja de nosotros, deviene otra ciudad, otra cosa que una ciudad: aún buscamos su medida, y el saber que hace falta para pasar por ella y alejarse con ella.

La ciudad es primeramente una circulación, es un transporte, un recorrido, una movilidad, una oscilación, una vibración. De todas partes remite a todas partes y al afuera de sí misma: pero su afuera es cada vez menos la campiña en medio de la cual será colocada; es más bien el afuera indefinido de la ciudad misma que se aleja y *rurbaniza* (como dicen los sociólogos), cada vez más a lo lejos. El tejido se extiende, se exfiltra hasta tocar cada vez más otras ciudades, disolviendo sus distancias y sus individualidades.

La urbanidad se disemina en estrellas y se esparce, poniéndose así al desnudo, en detalle y en cuestión, deporta a la ciudad [*cité*] y la ciudadanía, y su desmembramiento dibuja otras constelaciones, aún innominadas.

De este modo, la ciudad de hoy se da en espectáculo la ciudad de ayer: la preserva y la restaura, decapa sus fachadas, monumentaliza y patrimonializa la ciudad pasada, a la que al mismo tiempo deconstruye. Abre las excavaciones de sus futuros corredores de circulación, poniendo al día capas más antiguas de sí misma, que colocará detrás de un vidrio, expuestas a la vista a lo largo de las vías nuevas. Sobre el emplazamiento de una prisión destruida donde se va a edificar un estacionamiento, jóvenes arqueólogos pasan la brocha y el pincel a los restos de una remota ruina greco-romana. La ciudad se observa, se busca y se fuga al mismo tiempo en sus anales y sus estratos aplastados unos contra otros. Allí donde los reinos sucesivos apilaban como en Troya sus ciudades unas sobre otras, en capas sucesivas de poder, un reino único se extiende actualmente hacia todos los horizontes, y las viejas murallas desenterradas ya no son cimientos, sino inclusiones curiosas en una extensión desplegada sin fondo y sin bordes.

Urbs, la ciudad, se opone tanto a la fortaleza (*arx*) como al campo (*rus*). *Polis*, que fue en un principio la ciudadela, superpone el espacio físico y el espacio jurídico, el de la ciudad antigua [*cité*]. Pero la ciudad, para terminar, deforma y desborda esos espacios. No se resume en la urbanidad, ni en

el urbanismo, la ciudadanía, ni la civilidad. La ciudad no está civilizada: es más bien el corazón agitado, el ascenso y la arremetida de la *civilización*, entendida como movimiento y no como estado, como desbroce e invasión, desencadenamiento, fiebre, propagación y contagio, más que como pulido y política de las costumbres. La ciudad [*cité*] designa hoy en día un conjunto de edificios de suburbio, con su territorio y sus referencias, lejos del "centro urbano" y lejos de la ciudad misma, trozo de ciudad distanciada de la ciudad, suelto como un *iceberg* a la deriva, flotando en un océano incierto.

La ciudad se busca con insistencia y se hunde de nuevo, se deja llevar por otra verdad diferente a la del subsuelo y los cimientos, que ella ha excavado. Va hacia otro ser u otra esencia, otro valor, e incluso otro nombre, conurbación, megalópolis. Algún día olvidará hasta ese nombre de "ciudad".

*

Ciudad es un lugar donde tiene lugar algo diferente al lugar (el *campo* sería, habría sido allí donde reinaba el lugar, la exactitud de una medida de espacio-tiempo). La colina o el río, propicios a la vigilancia y el aprovisionamiento, nunca bastaron para definir la ciudad ni elaborarla, incluso si sus lógicas han dirigido la instalación y el establecimiento. A la ciudad le falta aún otra cosa, otro *ethos* diferente al del lugar y la localidad.

Es preciso que en ella se ejerza un derecho: derecho de mercado, derecho de moneda, derecho de impuesto, impuesto de consumos, franquicias burguesas. Es el derecho de un comercio mucho más que el de un poder. La ciudad comercia: en la más amplia acepción de la palabra, es toda su definición. La ciudad regatea, y el mercader representa su personaje mucho más que el señor, el sacerdote o el capitán. Al igual que la figura del mercader, y con ella la idea del comercio, ocupa un lugar sorprendentemente ambiguo en la historia de nuestra civilización (respetado y desacreditado, audaz y codicioso,

descubridor y conservador: en este aspecto Europa ha secuestrado una esquizofrenia del comercio y de la riqueza sin par en otros lugares, en particular en el mundo árabe o el chino), la ciudad reprime y exalta a la vez su naturaleza comercial, comerciante, su naturaleza *negociante*, es decir, sin descanso, sin repliegue sobre sí misma, abierta por todas partes, atareada con el intercambio y la circulación, el tráfico, la traducción, la mediación y la especulación.

El *ethos* o el espíritu de la ciudad es negociante, negociador, no está ajustado a una naturaleza, ni sujeto a una potencia; está separado de los campos como de los castillos, regulado por la estimación y la discusión sobre el valor, el interés, la utilidad, el rendimiento y el riesgo, por el gusto por el viaje y lo lejano, por la atracción de un crecimiento a la vez indefinidamente preciado y arriesgado. Ésta es la razón por la cual ese *ethos* se encuentra de buenas a primeras en un registro diferente al de la familia, la tribu, la economía doméstica. Su conducta se aparta de la intimidad tanto como de la gloria: ni en la interioridad ni en el esplendor, ella está en el ajetreo, en el encuentro, en la discusión, en el intercambio obligado y en la independencia necesaria. En la ciudad no hay naturaleza común ni ordenamiento según una sobrenaturaleza, sino un espacio diferente, donde se comercia en todos los sentidos, sin identificarse y sin ignorarse por completo. Comercio igualitario pero no comunitario: más allá de la comunidad o, más acá, renegociando sin fin el intercambio, volviendo a poner en juego el reparto y los roles.

Naturaleza y sobrenaturaleza, cada una rige una ética del fin: de la meta, el objetivo, la realización, el cumplimiento de la intención. A la inversa, el mundo de la ciudad no tiene meta dada. Ella es hasta tal punto su propio fin inmanente, una actividad, e incluso una agitación condenada a reactivarse a sí misma, que forma un fin infinito de despliegue cada vez más amplio. Rousseau consideraba que la ciudad era contra natura.

En ese sentido, la ciudad es técnica: compone incluso una especie de reunión y de expresión de la esencia de la técnica.

Opera como la sustitución de la naturaleza por otro espacio-tiempo, otra pulsación y otra realización. Allí todo se reanuda en otro agenciamiento. Si llueve en la ciudad, el agua no penetra la tierra y no nutre ninguna semilla, sino que chorrea y gotea en los desagües, no irriga, sino que moja y persigue a los transeúntes. Todos los signos se invierten y se desplazan. Ya no existe el horizonte de un ciclo ni el de un destino o un deber en general. Los horizontes se multiplican hasta confundirse y desaparecer: las calles no se unen a lo lejos a una última línea sobre el cielo, sino a otras calles más, y ángulos, cruces, subterráneos y puentes, perspectivas y líneas de fuga, y sin límite donde se complete una forma o un alma; no hay entelequia de la ciudad.

Tal es la verdad técnica: trazar en todos los sentidos pasajes sin vocación final, abrir idas y venidas, acontecimientos más que advenimientos. Las cosas y la gente, las palabras, los actos, no están dispuestos para terminar o borrar sus huellas, sino para recomenzar, nuevamente en movimiento, volviendo a pasar por los pasajes, las operaciones, los repartos, los intercambios, las combinaciones, en arrastres que parten de todos lados y sólo desembocan en otra invención en la travesía, a través de las casas y los palacios, las iglesias y los hoteles, por las calles aún y por las vías.

Cada lugar urbano remite a otros y sólo existe o sólo consiste en esa remisión. Ninguno de esos lugares se cierra por completo. Lo que está cerrado se aparta de la ciudad, pero la ciudad sacude todas las clausuras. Cables, conductos, alambres y tubos, ruidos y rumores, fluidos y signos reptan a lo largo de todas las vías, y trepan por los enchapados y los huecos de escalera hasta los techos y bajo las puertas. Corrientes, fuerzas, impulsos circulan en todos los sentidos, transferencias de energía, información, comida, cuidados, vigilancia, mantenimiento.

Así, en la noche, el acercamiento de grandes ciudades por medio del descenso de un avión: entrelazamientos de cintas iluminadas que se urden, se ensortijan y se anudan, que se

pierden unas bajo las otras o que se dispersan, y el centelleo de millones de puntos luminosos, verdes, amarillos o blancos, a veces el charco de un monumento o de un estadio alumbrado, como una galaxia que flota en un hormigueo estelar, la ciudad en cielo invertido, esparcido por el suelo, otro universo en dilatación o pulsación, un mundo reducido a su resplandor y horadado por agujeros negros por donde se escapan el sueño de los hombres, los sueños, las pesadillas, los insomnios, las vigiliatias, los crímenes.

Pero siempre, a la noche o durante el día, es como si la ciudad sólo viviera a través de ese reflejo de sí misma y para él, por medio de su silueta horizontal o recortada —aguja de las iglesias, torres y chimeneas— sobre una pantalla de aurora fría, masa pesada identificada con su contorno, configuración sin figura: pura relación consigo misma donde el “sí misma” no está en ninguna parte, sino en esa relación, indefinidamente, en las vías que conducen a las vías y a todas las entradas y salidas, los umbrales, los accesos, los pasos por donde vuelve a salir siempre en otros sentidos o en sus enveses, ida y vuelta de la ciudad sobre sí sin jamás desembocar, sin alcanzarse a “sí misma”, a quien sin embargo no abandona.

No es una planta, un gran animal, un templo ni una casa: es un agenciamiento de medios sin fin, donde todo vale por fin y por medio, donde todo se mediatiza y se entremete, todo viene entre y de través, se convierte en transacción y en trato. Combinación de procesos y procedimientos para operaciones infinitas, para transformaciones que no van hacia ninguna completitud, donde los diseños de los arquitectos y de los urbanistas nunca fijan más que algunos trazos breves, algunos lineamientos rápidamente llevados más allá de sí mismos, siempre desbaratados o desviados de sus intenciones estéticas o políticas por la oscilación general. No se sabe qué acabará siendo, si bazar o pasaje, si se llenará de vagabundos o de deportistas, de insurrectos o de donjuanes.

Eso se hace, se engendra, nace, crece y muere, los barrios, las funciones se desplazan, se atraen o se repelen, gravada-

des contrarrestan inercias, especies entran en mutación o en extinción, pero esta segunda naturaleza no ofrece ningún equilibrio regulador, ningún otro ecosistema que difiera de una incesante modificación que no se amolda a nada, a no ser al alejamiento creciente, la dilatación y la excrecencia de un esquema hace un tiempo todavía reconocible, y de ahora en adelante dilatado, desorbitado, ex urbanizado.

Técnica —que significa *arte*—, la ciudad se forma a modo de autorretrato la imagen de un rostro turbado, de una identidad desconcertada, para terminar como el espejo o la estatua de nada menos que de esta misma *tekhné*: el *savoir-faire* de la ausencia de fin. La excelencia del urbanismo, así como la de la urbanidad, es un arte de albergar esta ausencia y esta infinitud, un arte que se comparte con el arte del callejeo, como con el de toda especie de negocio, el arte de una singular libertad.

La ciudad abre el espacio de una libertad que sin embargo no se mide en términos de autonomía ni de independencia. Es un mundo de emancipación, pero no se ajusta al modelo acabado de una ciudadanía ni de una civilidad. La urbanidad es más sutil y delicada, más difícil y más opaca. En ese sentido, el *ethos* de la ciudad no es un *ethos* político. Es más o es menos que eso, es de una especie diferente, más refinada y menos policial, más desprocurada y menos soberana. La “energía de la calle” está más desordenada y tiene menos horizontes que la pulsión política: está más desencadenada; se consume más.

Si se la hiciera pasar por el escáner del espectro político tradicional, a veces la ciudad tendría reflejos imperiales, y otras, tintes anárquicos. Pero ese espectro no es adecuado: la ciudad no es un Estado ni el territorio de una tribu. No se confunde con la *civitas*: se encuentra en menos o excedida con respecto a la determinación de una ciudadanía. Es más abierta, menos jurídica, más material, menos formal, más ingeniosa, menos responsable, más arriesgada. Sin duda, el casco histórico [*cité*] está en la ciudad: pero la ciudad lo desborda por mucho; va más allá de la plaza pública, así como de la morada privada.

En ella no reina la intimidad de la comunidad, el ordenamiento de la colectividad, ni la regulación de la asamblea. Sino que es ella, en cambio, la que da al estar-con su pleno régimen. El estar-con nombra algo torpemente eso para lo que no tenemos nombre: ni comunión, ni comunidad, ni asociación, ni grupo. La muchedumbre se aproxima a esto y pertenece a la ciudad, a menos que ocurra a la inversa. Pero la muchedumbre se vuelve rápidamente barullo, e incluso páni-co, y aquí hablamos de otra cosa: de una multitud que mezcla y distingue en un solo movimiento.

Uno por uno, todos juntos, todos precipitados unos contra otros y unos a través de los otros, en una geometría urbana donde las paralelas se cortan y se ignoran simultáneamente. Conjuntos numerosos se tocan en todos sus puntos y se dispersan como enjambres perseguidos, como racimos desgranados. Es lo que está en juego en el *con*, en el *junto a* (sentido latino de *apud hoc*, que da *con*), la contigüidad o la reunión de gente incompatible, la proximidad de lugares y funciones que permanecen sin identidad de pertenencia, sin cohesión ni coerción simbólica, sin asumirse en una representación.

Sin duda, algo muy necesario, hay imágenes. Nueva York prefiere decir que es N. Y., *the big apple*, o Noto, Noto, la "perla del barroco siciliano", mientras que en Alejandría, Pekín o San Petersburgo no olvidan el aura que dejaron sus fastos ancestros, así como París rodea su plaza de la *Concordia* con figuras de piedra de las grandes ciudades de la nación. Pero esas imágenes son tarjetas postales. En ellas, Roma se reconoce en San Pedro, Sevilla en la Giralda y Río en el Pan de Azúcar. La postal es a la identidad de la ciudad lo que la foto de identidad es a la persona: inexpressiva, sin espesor, lo contrario a un retrato, una suerte de índice o de ícono en el sentido informático; un signo de reconocimiento, pero no una presencia, ni un encuentro.

En una ciudad se producen encuentros, y se la encuentra también. Pero no es el encuentro de alguien, de una unidad individuada y bien silueteada: es una travesía con impresiones

y tanteos, con vacilaciones y aproximaciones. En verdad, es un acercamiento que no termina, es una cita cuyo lugar se desplaza, y quizá también la persona.

La ciudad no tiene rostro, pero sin embargo cuenta con rasgos. No tiene mirada, pero sí un aspecto, o varios. No se capta bajo una identidad; se deja tocar por trayectos, huellas, bosquejos. Entre la tarjeta postal chillona y la descripción geosociométrica —ambas olvidan la ciudad—, hay lugar para este acercamiento que tiene por nombre literatura: una escritura de la ciudad, su crónica, su novela, su poema, una identidad reluciente y escurridiza, huidiza como *agenciamientos* de frases. No es azaroso que la ciudad haya aparecido en tantos relatos, obsesiva, invasora y monstruosa, quimera de paisaje y personaje, o marco tramado él mismo en la tela del cuadro, Balzac, Dickens, Baudelaire, Zola, Dos Passos, Miller, Apollinaire, Claudel, Döblin, y tantos otros...

*

Siempre es también un haz de trazos dividido, una composición partida. Única constante, tal vez, de ciudad en ciudad: la división entre ricos y pobres, sus distanciamientos, sus retrocesos, al Este o al Oeste, en cinturones urbanos o mansardas, en suburbios y en signos. Siempre recomienza un desalojo y una recuperación, siempre se refuerza el dominio *burgués* con murallas invisibles pero poderosas, que son alquileres, pólizas, tiendas, códigos de seguridad, materiales de construcción. La *burgensia* fue en un primer momento el canon pagado para disfrutar de las franquicias del burgo y de sus privilegios. La ciudad es cara y lo muestra con indecencia e insolencia. La ciudad es pobre y hierve de carencias y triquiñuelas, en esas calles que a veces las revueltas vienen a cortar y a despavimentar, que la miseria siempre atraviesa y el vagabundo no abandona.

Ya que de todas formas la exclusión termina salpicando trozos dispersos que se cueñan por todas partes, que surcan

las plazas, rayan las fachadas y las vitrinas, que enjambran vagabundos y desplazados al acecho, puesto que la ciudad no puede cerrarse sin contradecirse. No puede acomodarse en la postura de residencia vigilada o de parque chic sin volverse algo diferente a una ciudad, un campo atrincherado o un *Moneyland* cualquiera, con milicia privada como Beverly Hills en Los Angeles y Bel Air en Beverly Hills.

Por naturaleza, la ciudad no tiene naturaleza de clase o de casta, aunque distribuya sus casillas en su tablero de hierro. Le hace falta la partición y el paso tanto como la dispersión y el contacto de los basureros y los choferes particulares, los obreros que se encargan de la apertura de calzadas, los reparadores de harina, los abogados apresurados, los lavadores de ventanas, los motoqueros, los vendedores de salchichas, los conductores de ambulancias, los colegiales, los manifestantes y los jueguistas.

Quiéralo o no, la ciudad mezcla y remueve todo, separándolo y disolviéndolo. Nos tratamos, nos rozamos, nos tocamos y nos separamos: es un mismo andar. Se está apretado cuerpo a cuerpo en un subterráneo o en una escalera mecánica, auto contra auto y también por la tarde vidrio contra vidrio de un extremo al otro de la calle: cortinas ligeras, luces azuladas de los televisores, y a veces en la noche la música nerviosa de un baile, otras, la sospecha de una escena tierna o de furia.

Allí se mezclan todos los acentos, todas las cargas y descargas del trato, el roce y el apartamiento, los latidos del *con*, que no está ni dentro ni fuera, así como toda la ciudad no tiene adentro ni afuera. "Adentro", en la casa, no es más la ciudad, no más que "afuera", en pleno campo, y la ciudad es justamente sin uno ni otro, topología de una cinta de Moebius cuya perspectiva se vuelve sobre sí misma, pero que sólo se penetra para extravertirse.

Es el vecindario, ni lazo, ni siquiera relación, yuxtaposición completamente local que sólo esboza el intercambio. Deslizamiento y fricción, suave o rugoso, en el descanso de la escale-

ra o en la calle, en el cine o en el tranvía. El vecino está muy cerca sin proximidad; está lejos al alcance de la mano o de la voz. Entre nosotros parpadea un débil intercambio de signos, una correspondencia imperceptible y aleatoria. Y los muertos de los cementerios son también ellos vecinos de maternidades o talleres, salas de redacción o restaurantes.

*

Todo el mundo se encuentra y se evita, se cruza y se desvía. Las miradas se tocan apenas, se detienen furtivamente una en la otra, los cuerpos tienen cuidado, territorios frágiles se transforman sin cesar, fronteras lábiles, móviles, plásticas o porosas, una mezcla de ósmosis e impermeabilidad. Complejo de leyes físicas -atracción y repulsión-, químicas -asimilación, descomposición-, cosmológicas -expansión e implosión, curvaturas del espacio-tiempo-, morales -orden y desorden, amor y odio.

La gente no deja de surgir y desaparecer. La ciudad despliega una fenomenología fonómica y cronofotográfica, del pasaje y el transeúnte, del arrebato, el desvanecimiento, el alejamiento, de la esquina y el recodo de la calle, la escalera, la cita y el autobús perdido. Los rostros no dejan de apresurarse, apretados y atareados, ofrecidos furtivamente en una movilidad iracunda. Al infinito, rasgos, pieles, edades, encantos, arrugas, pliegues, posturas, acentos, caras esfumadas, figuras fugaces, un placer multiplicado de retratos no expuestos, llevados hacia las lejanías inaccesibles de sus preocupaciones, sus pensamientos, sus imágenes más íntimas. Se toca sin tocar, se es tocado. Se observa a hurtadillas, se observa ese hurto mismo. Se es *voyeur* a ciegas. Todas las miradas se escamotean y se sumergen en sus ausencias respectivas. Renovados sin cesar, sustituidos e irremplazables, están unos para otros extraviados y son a la vez indiscretos. Unos para otros son extrajeros, intrusos, molestos, y también prójimos, tan parecidos, que retornan sin cesar en la figura de tipos infalibles, mucha-

chas, viejos, señores, damas elegantes, clientes indecisos, tipos vanidosos, seres genéricos, aspectos, modas, mezclados con el infinito de los singulares, en una gran tensión insatisfecha entre lo universal y lo particular, entre la extensión vaga y la precisión secreta.

*

De este modo, la ciudad es en sí sin jamás alcanzarse a sí misma, y cada conciencia de sí es allí también conciencia de la ciudad que no tiene conciencia. Está estructurada, más bien, como un inconsciente: apenas un yo [*moi*] que flota mínusculo en la superficie de una espesura poblada, de un *ello* [*ça*] tejido, estriado, propulsado, expandido en todos los sentidos, acumulando las generaciones y sus cementerios, los cimientos y las demoliciones, la ilimitación generalizada de los límites.

La ciudad casi no autoriza a enunciar “yo soy”, sino más bien “yo soy ahí”. El espacio plegado y desplegado precede allí al ser. No se puede ofrecer vista panorámica o síntesis, sino siempre solamente un anciano sentado solo en una silla en una calle blanca y recta de Rosolini, un grupo de escolares esperando el bus en Kyoto, los ciclomotores levantando polvo ocre en un cruce de Ouagadougou, desde una ventana de Moscú, los cargados humos blancos estirados en un cielo de nieve, una vitrina en Marsella llena de lencería de colores chillones, un mendigo de rodillas en un puente de Estrasburgo, dos muchachas en una cabina telefónica de madera en Praga, un tranvía que gira chirriando en Leipzig, el pavimento mojado de Inverness, imágenes que pasan unas bajo las otras, vistas superpuestas en una identidad confusa, en la mezcolanza de los lugares inciertos, lugares de paso, lugares deslocalizados.

El hombre habita como transeúnte [*passant*]: no como viajero embarcado hacia otro mundo, sino en transeúnte apresurado o que pasea, atareado u ocioso, que camina junto a otros transeúntes, tan cercanos y tan lejanos, familiarmente ajenos,

cuyas estaciones sólo son provisionarias, en medio del tráfico, los recorridos, los transportes y los trayectos, de las puertas sin cesar abiertas y cerradas en las moradas retiradas y sin embarco aún penetradas por los rumores de la calle, por los ruidos y el polvo de un mundo completamente transeúnte.

*

Vecindario de lo desconocido, la ciudad se abre por todas partes a la expansión de un universo desensamblado donde la figura de la ciudad desaparece o se metamorfosa: las *ciudades* [*ciités*] *ideales*, antaño tan numerosas (Piero, Boullée, Tony Garnier...), estéticas, políticas o industriales, se han probado desiertas, y el *topos* literario de la ciudad pertenece más bien al pasado. Hoy en día vemos deshacerse las imágenes y las ideas, las formas de la ciudad. Se había dicho que la ciudad era “la forma de la humanidad”:¹ pero el Hombre es la incesante alteración de las formas de la humanidad.

Lo que queda de la ciudad, una vez franqueado el casco histórico [*citel*] y la ciudadela, una vez rebasado el burgo y el arrabal, la capital y la metrópoli, es precisamente la expansión y la proliferación, es el contagio de las lejanías, la comunicación diseminada, la energía frágil de un sentido inédito, rebelde a toda residencia.

*Agrupaciones de campaniles cantan las ideas de los pueblos. De los castillos edificados en hueso sale la música desconocida. Todas las leyendas se transforman y los impulsos se precipitan en los burgos.*²

1. Claudel, Paul, *La Ville*, acto II.

2. Rimbaud, Arthur, *Illuminations*, Villes II [trad. cast.: *Una temporada en el infierno, Iluminaciones*, Barcelona, Editorial Montesinos, 1995].